

#7

David Stoll

Rigoberta Menchú
y la historia de todos
los guatemaltecos pobres

Prólogo
de Elizabeth Burgos

Unión Editorial

2008

Título original: *Rigoberta Menchú and the Story
of all Poor Guatemalans*.

© 2007 by David Stoll

Editado por Perseus Books Inc, Cambridge, MA, EE.UU.

ISBN: 978-84-7209-456-7

Depósito legal: M. 43.329-2008

© 2008, UNIÓN EDITORIAL, S.A.

c/ Martín Machío, 15 - 28002 Madrid

Tel.: 913 500 228 - Fax: 911 812 212

www.unioneditorial.es

Compuesto y maquetado por JPM GRAPHIC, S.L.

Impreso por GRÁFICAS MURIEL, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de los propietarios del *copyright*.

Dos libros que no se podrían publicar, por lo menos en Guatemala

Con la edición en español de este libro pretendo cancelar una deuda que tengo con los guatemaltecos desde hace diez años. Desde que se firmaron los acuerdos de paz, se han publicado un sinnúmero de obras sobre el conflicto armado y los derechos humanos en Guatemala. Sin embargo, no se incluyen dos libros míos, a pesar de haber sido bastante discutidos. Mi meta-morfosis en autor prohibido empezó con una investigación sobre la zona ixil cuyos resultados se publicaron en inglés en 1993. Centré mi atención y mi análisis en el neutralismo manifestado por los ixiles después de dos décadas de enfrentamientos armados en su territorio y a costa de ellos. Entre otras cosas, traté de hacer ver a la comunidad internacional, y en particular a los sectores que todavía simpatizaban con la guerrilla, que la gran mayoría de la gente no se sentía representada ni por ésta ni por el Ejército. La edición en inglés alcanzó cierta resonancia, porque en ese tiempo las conversaciones de paz entre el Gobierno y la guerrilla se habían estancado. Ni a los generales ni a los comandantes les interesaba terminar un conflicto en el que unos y otros ejercían un protagonismo que perderían en el momento que las armas fueran silenciadas.

Gracias al apoyo de Steve Elliott y de Chris Lutz, del Centro de Investigaciones Regionales para Mesoamérica (CIRMA), en Antigua, el original inglés se tradujo al español en 1995, con el título *Entre dos fuegos en los pueblos ixiles de Guatemala*. Antes de su publicación hubo un cambio en la dirección de CIRMA. La nueva directora me explicó que, de allí en adelante,

la institución no publicaría libros escritos por extranjeros. La nueva política duró poco tiempo, a juzgar por los libros de otros autores extranjeros que CIRMA siguió publicando. El verdadero problema con mi trabajo fue que cuestionaba la representatividad que la guerrilla reclamaba todavía respecto a los indígenas. La discusión giró en torno a lo que tantos ixiles me habían expresado de una u otra forma: «Estamos atrapados entre la espada y la pared». Para mí, la conclusión sobre este asunto se resumía en que la guerrilla había perdido su legitimidad frente a los ixiles. Quizá significaba también que los intérpretes de fuera —incluyendo el Ejército, la guerrilla y los simpatizantes de ambos bandos— habían sobreestimado el apoyo ixil a la guerrilla desde el inicio. Para mis críticos —defensores de la misión histórica de la guerrilla como una inevitable reacción de los oprimidos— subrayar el sentimiento «estamos entre dos fuegos» no era más que un discurso propagandístico del Ejército, que yo avalaba por nefastos motivos políticos.

En realidad, «estamos entre dos fuegos» nunca fue una consigna del Ejército, por la sencilla razón de que el Ejército nunca dejó espacio a la neutralidad. A cualquier persona que viviera la militarización del altiplano esto le resultaba evidente. También lo era para la primera editorial maya del país, Editorial Cholsamaj, que ofreció publicar *Entre dos fuegos* a comienzos de 1999. Esa edición nunca vio la luz, porque entonces surgió la controversia en torno a mi siguiente libro sobre Rigoberta Menchú, que ahora tiene el lector entre sus manos.

Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres se publicó en inglés a finales de 1998. Mi colega Diane Nelson (1999) ha utilizado la expresión «el dedo en la llaga» para referirse al movimiento maya y su desafío al racismo guatemalteco. Yo había metido el dedo en la misma llaga. Por señalar las invenciones de la premio Nobel, aparentemente había confirmado siglos de prejuicios colonialistas contra los indígenas. Entre los ladinos de Guatemala, muchos creen todavía que los indios son mentirosos por naturaleza. Siempre existe cierto fundamento para tal suposición, pero en la medida en que la

misma se haga extensiva a toda raza humana. Uno de los elementos que nos distingue de los animales es nuestra capacidad de mentir. Es muy parcial suponer que los indígenas se diferencian de los demás en este sentido. Como ejemplo, considérese a los políticos guatemaltecos y norteamericanos. Muy pocos son de raza indígena, ¿y cuántos no son mentirosos?

Como resulta evidente de la lectura de los capítulos de este libro, mi propósito no fue tachar a Rigoberta de mentirosa ni invalidar por completo su testimonio de 1982. Que la narración de Rigoberta tiene una base sólida en lo que realmente pasó se confirma por el hecho de que ella perdió a la mitad de su familia en la vorágine de la violencia: sus padres, dos hermanos, una cuñada y tres sobrinos. No hay ficción en esto, ni en lo que cualquier habitante del Quiché, que haya sobrevivido a los años ochenta, le dirá a quien le pida que le narre las experiencias vividas. Los defensores del Ejército en el departamento del Quiché son tan raros como los defensores de la guerrilla.

Desde que salió la edición en inglés, Rigoberta ha demandado ante la justicia española a ocho altos jefes de las dictaduras militares por los crímenes de genocidio, tortura y asesinato. Por eso sigue candente el debate sobre cómo se originó el incendio en la Embajada de España, en el que murieron el padre de Rigoberta y treinta y cinco personas más. En 1999, la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEH) rescató un testimonio del único sobreviviente, el embajador Máximo Cajal, que no estaba disponible cuando redacté mi propio análisis de lo que pasó. Según esta versión, que el mismo Cajal (2000: 36-37) ha presentado con una gran abundancia de datos, el fuego aparentemente se originó en un «bote de color rojo» que la policía introdujo por la puerta de su oficina. Lamentablemente, el CEH descartó por completo el anterior testimonio del embajador en que atribuyó el incendio a un *cóctel molotov* de los ocupantes.

He contado recientemente con el relato de una periodista española, corresponsal de la revista *Cambio 16*, que gozó de buenos contactos con el Frente Democrático contra la Represión (FDCR), el órgano del Ejército Guerrillero de los Pobres,

que organizó la toma de la Embajada. Después del incendio, Soledad Cano (1980: 125-38) logró entrevistarse con el embajador Cajal en su cama del hospital, y otra vez más después de que éste volviera al España. A pesar de sus evidentes simpatías por el FDCR y los ocupantes, Cano terminó su investigación con la misma conclusión que yo: que probablemente fue un *cóctel molotov* de los manifestantes lo que provocó el fuego. Sea cual fuere el origen del incendio, el Estado guatemalteco es responsable de las muertes que se produjeron, por la sencilla razón innegable de que, con el asalto policial a la Embajada misma, se violó la inmunidad diplomática.

En mis visitas al país se me ha hecho evidente que, en cuanto a la violencia política de 1954 a 1996, los que no se debatían ante los crueles dilemas de «vivir entre dos fuegos» todavía se interesan demasiado en proclamar su propia verdad parcial, sin prestar oídos a los datos que la contradicen. Todavía queda demasiada gente de izquierdas a la que no le interesa reconocer cómo la insurgencia provocó entre la población maya una guerra civil que no fue obra de ella ni se gestó en el marco de sus propias necesidades. Como contraste, entre la derecha persiste todavía la disposición a disculpar las matanzas ejecutadas por el Ejército. Para ser más específico, entre la empresa privada y la izquierda católica permanece la actitud compartida de negar que también ellos contribuyeron a provocar aquel baño de sangre, alimentado principalmente por sangre indígena.

Ahora que ya se ha celebrado el décimo aniversario de los acuerdos de paz, todos debemos rechazar la tendencia de unos y otros —tanto de derecha como de izquierda— a replegarse en su propia «zona de decencia», como lo expresa mi compatriota Shelby Steele (1998: 161) en sus ensayos sobre el racismo norteamericano. Una zona decente es un refugio del que se pueden excluir los datos inconvenientes a los dogmas con los que aliviamos nuestra mala conciencia. Por lo que respecta a Guatemala, solemos defendernos de la información que consideramos inconveniente, tramando chismes y conspiraciones para así descalificar a quienes no queremos oír.

En mi caso, los defensores incondicionales de Rigoberta —y ella misma— se dedicaron a pregonar que yo había obtenido mis datos del Ejército guatemalteco y que soy un racista que no quiere que los indígenas hablen por sí mismos. Lograron bloquear así un debate inteligente, y esto significa un gran error, porque, defendida de esta manera, la zona de decencia se convierte en un telar de mentiras. En este sentido, existen sobre Guatemala dos sistemas de mentiras que se sirven de espejo mutuamente: uno, el de la izquierda dogmática; otro, el de la derecha recalcitrante. Ambos sectores se refuerzan y se alientan, de la misma forma que los crímenes de las fuerzas de seguridad se justificaron amparándose en la existencia de la guerrilla, y la guerrilla justificó los suyos amparándose en el comportamiento de las fuerzas de seguridad. Llamando la atención hacia las mentiras del otro, esperan desviarla de las suyas propias.

En 1998-99, Rigoberta no fue capaz de admitir que inventó ciertas cosas para atraer la atención del mundo. Tampoco fue capaz de trascender las consignas y mentiras de los años ochenta, de ofrecer disculpas y seguir adelante. De esta forma, Rigoberta convirtió al Nobel en una novedosa forma de inmunidad contra la verdad —al estilo de «el premio ya es un hecho, y no me disculpo por nada». No fue la postura mejor para después demandar a los militares ante la justicia de España, ni tampoco para postularse como candidata a la presidencia de Guatemala. De los presidentes que se sienten impunes frente a la verdad, tanto en Estados Unidos como en Guatemala y en otros países como Cuba, ya hemos sufrido bastante. Por su falta de franqueza, el testimonio de 1982 (y, de hecho, el segundo testimonio de 1997, que también adolecía del mismo defecto) se le ha convertido en una cárcel de la que sólo Rigoberta misma puede liberarse. Pero la cárcel no fue construida sólo por ella. También fue construida por los comandantes que la utilizaron para indigenizar su proyecto insurgente. Desde entonces ha sido fortalecida por los incondicionales —más latinos que mayas, y más gringos y españoles que guatemaltecos— que han esperado servirle de Virgen María para sus causas.

Así, sus partidarios de antaño la acusan de «vendida», porque ha colaborado con los gobiernos neoliberales de Álvaro Arzú (1996-2000) y de Óscar Berger (2004-2008). Mientras tanto, los uspatanos la rechazan, porque sus «ayudas» no han sido tantas ni tan generosas como soñaban, y sus enemigos de la derecha esperan que los fallos de ella puedan exonerarlos de los propios. Para muchos de nosotros Rigoberta es, al fin y al cabo, un chivo expiatorio. Debemos recordar, como ella misma ha dicho, que no recibí el Premio Nobel debido a sus méritos, sino a los de las víctimas y supervivientes a los que ella representa. Es decir, los verdaderos mercedores del Premio Nobel son los guatemaltecos que perdieron su vida en la violencia y los familiares y amigos que luchan para que sus muertos den frutos en una Guatemala mejor. En lugar de ver el Nobel como un sacramento político, que confiere la santidad a una sola persona premiada, debería verlo como otro paso por los largos caminos que todo un pueblo aún no ha terminado de recorrer. Éstos incluyen el camino por el que transita una muchacha indígena becada por las monjas y refugiada en México, portavoz luego de un movimiento revolucionario, líder maya después, en pos de un futuro amplio y prometedor.

El camino por cual esta traducción llegó a las manos del lector fue también demasiado largo. Estoy profundamente agradecido a los muchos guatemaltecos que me recordaron la necesidad de desenterrar la verdad sin importar lo penoso que ello resultara. Entre éstos, el más destacado es Mario Roberto Morales, quien tuvo la valentía de publicar una colección de ensayos sobre mis investigaciones cuando la censura política no permitía que las investigaciones vieran la luz en español. Entre las instituciones a las que quisiera expresar mi reconocimiento se encuentra el Middlebury College de Vermont, en Estados Unidos, por apoyar mis visitas a Guatemala desde 1998. También a la Editorial Abya-Yala de Quito, Ecuador, por haber publicado el año 2000 una edición en el exilio de *Entre dos fuegos en los pueblos ixiles de Guatemala*. Y gracias a la traductora Sara Martínez Juan, a su entusiasmo y eficiencia, por cual la

obra *Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres* ha estado disponible en manuscrito desde el año 2000. A los Gustavo Bueno, padre e hijo, y a su Fundación Gustavo Bueno, de Oviedo, Asturias, corresponde el mérito de que esta obra haya estado disponible en Internet.¹

Referencias bibliográficas

- CAJAL, Máximo, 2000: *¿Saber quién puso fuego ahí! La masacre de la Embajada de España*, Madrid: Siddharth Mehta Ediciones.
- CANO, Soledad, 1980: *La noche del colibrí* (Arde Centroamérica), México, D.F.: Plaza & Janes.
- MORALES, Mario Roberto, ed. 2001: *Stoll-Menchú: la invención de la memoria*, Guatemala: Consucultura.
- NELSON, Diane M., 1999: *A Finger in the Wound: Body Politics in Quintessential Guatemala*, Berkeley: University of California Press.
- STEELE, Shelby, 1998: *A Dream Deferred: The Second Betrayal of Black Freedom in America*, Nueva York: HarperCollins Publishers.

¹ Las referencias a *Me llamo Rigoberta Menchú* remiten a la edición en inglés (Burgos-Debray, 1984), a no ser que esté citando las propias palabras de Rigoberta, en su español de 1982. Donde cito las palabras originales de Rigoberta —epígrafes y notas en el texto— los números de página corresponden a la edición Arcovis de *Me llamo Rigoberta Menchú* (Burgos-Debray, 1983).